

Las noches

Ariel Pérez

Las noches



Capítulo 1

Las noches

Afirmar que todavía éramos amigos, es demasiado. Los años, las distancias y algunas disputas de tontos adolescentes nos habían ido alejando. Ya no creo en la amistad eterna, indestructible, incorruptible, si es que alguna vez lo hice. Lo mismo pienso del amor; las evidencias están a la vista.

Pero ahí estábamos, los cuatro, sentados en el living de aquella casa antigua como hacía mucho. En ese entonces, estaba abandonada, casi en ruinas. No quedaban más que los huecos en las ventanas, las cuales tapábamos con sábanas y trapos viejos. Las tejas rotas hacían que en los días de lluvia las gotas formaran charcos de lodo sobre el suelo polvoriento. Un sofá deshilachado y unos cajones de manzana eran nuestros asientos. En los inviernos solíamos encender fuego en un tacho de 200 litros que poníamos al centro y que por las noches nos daba iluminación. Ahora, el aire acondicionado y las luces dicroicas hacían del ambiente un lugar austero. Las nuevas ventanas eran modernas y elegante. Unas cortinas púrpuras tapaban los cristales y la vista de cualquier transeúnte. La puerta improvisada por nosotros, con tablones de una construcción y que solo se apoyaba sobre el marco, había sido reemplazada por una de madera; algarrobo posiblemente. No había goteras ni humedad en las paredes. No pude determinar si las baldosas eran las mismas después un intensivo tratamiento para hacerlas relucir; pero formaban ese mismo dibujo de ajedrez que entre la tierra podía divisarse antes. La verdad es que de no haber conocido tanto las calles en donde se ubicaba esa propiedad, no la hubiera encontrado. Pero las conocía bien, las conocíamos, mejor dicho. Eran de nuestro barrio natal, por donde nos habíamos movido la infancia y la adolescencia, hasta que cada uno tomó su rumbo.

El primero en irse fue Marcos, por obvias razones. Luego fue Nicolás quien se mudó con toda su familia. Dos años después era yo quien abandonaba este sitio con excusas laborales. Pero Gabriel se quedó. Se casó con Viviana, compró esta misma vivienda y la refaccionó con sus propias manos. Era un nostálgico por excelencia, se aferraba a las cosas y padecía enormemente desprenderse de ellas. Cuando su matrimonio se terminó, no abandonó la casa, al contrario, intentó que ella también se quedase. Pero no pudo retenerla como no pudo hacerlo con nosotros años atrás. Pensé que esa misma necesidad de retener las cosas, y la ausencia de su reciente ex mujer, había sido lo que lo llevó a rastrearnos, a reunirnos. Encontrar a Nicolás había sido bastante complicado; sus padres decidieron dejar el barrio. Luego se casó mudándose varias veces hasta que pudo comprar su casa propia. No fue difícil encontrarme a mí, pues desde que me había ido del barrio aterricé en otro y ya no me moví. Todos sabían

dónde ubicarme y mi familia aún vivía a unas cuadras; solía venir de visita de vez en cuando, aunque nunca más había pasado saludar a Gabriel. Desconozco cuánto le tomó rastrear a Marcos, pero me sorprendió un poco, debo admitir, que accediera a la invitación. Era quién se había peleado con Gabriel. Y esa misma pelea era lo que había hecho que se fuera, que no volviera. Desde mi punto de vista, algo exagerado. La pelea no había sido más que una disputa por una mujer, una chica, tan chica como nosotros, de una edad en la que aún no entendemos nada de la vida. No teníamos ni dieciocho años en ese entonces. Pero Marcos siempre se tomó las cosas en serio. Casi veinte años después, hallé en su rostro esos mismos gestos de seriedad. Como si en él nada hubiera cambiado, salvo su cabello cortado al ras, apenas perceptible, como una capa milimétrica de nieve, y algunos tatuajes en las muñecas que el pulóver no lograba taparle.

En cuanto a Gabriel, tampoco le encontré demasiados cambios. Mantenía esa especie de inocencia y pasividad en sus ojos que su barba prolija no lograba ocultar.

A Nicolás sí lo vi cambiado. Era el único que aún tenía esposa, era el único de los cuatro que tenía hijos. Había engordado más que cualquiera de los otros y se estaba quedando calvo. Parecía feliz, incluso en aquella reunión se lo veía alegre.

Y yo, puede que también estuviera cambiado. Quizás estuviese más encorvado por inclinarme todo el día sobre un escritorio, tuve que admitir la miopía, ya no fumaba y comenzaban a asomarse las primeras canas. Cambios que pasaban imperceptibles a mis ojos, pero es posible que no a los de los otros, como no pasaban los cambios de ellos en mí. Puede que por ello me sentía entre desconocidos, en un lugar desconocido. Para mí, ese no era nuestro antiguo refugio, nuestro punto de reunión, ni ellos eran mis antiguos amigos. Creo que era el que más había sentido el quiebre de época, el lapso de los tiempos, el transcurso de las noches. Sin embargo, había ido a la reunión como si nada pasara, casi simulando que sentía lo que antes por esas tres personas.

Como si estuviéramos rebobinando un VHS, yo fui el primero en llegar. Gabriel me abrazó cálidamente, con una alegría que no parecía fingida. Vestía de traje como si fuera un acontecimiento digno de ello. Me hizo pasar y me mostró la casa. Las reformas que había hecho, los detalles originales que había intentado rescatar; las baldosas resultaron ser las mismas. Yo asentía como si me interesara, pero la verdad era que no. Esa casa ni siquiera evocaba mis recuerdos. En cuanto hacía un esfuerzo por sentirme donde antes, el aromatizador automático disparaba su fragancia. El segundo en llegar fue Nicolás. Gabriel lo recibió de igual forma y hubo algunos chistes sobre lo que hace el tiempo en la gente. Y por último llegó Marcos que se anticipó al abrazo ofreciendo su mano, como nos saludamos siempre. Dejó sí, que Gabriel apoyara la otra mano sobre su

hombro. Nos sentamos en el living. Marcos y Nicolás en los sillones individuales; Gabriel y yo, ocupamos el sofá. Quedamos un tiempo en silencio. Fue Nicolás quien rompió con él.

-Pero en serio, Gabo, quedó fantástica.

-Me tomé mi tiempo, debo admitir -respondió el anfitrión.

-Siempre tuviste paciencia y prolijidad.

-Más o menos. Pero vamos a brindar.

Gabriel se levantó del sofá y fue al mini bar que había instalado cerca de una de las ventanas. Sacó un Chivas Regal de su caja. Tomó cuatro vasos.

-Viviana se quería llevar hasta la cristalería. Pero estos vasos eran de mi viejo.

-Qué nivel, che -agregó Nicolás.

Sirvió el Wiski y alzó su vaso. Lo imitamos.

-Por los reencuentros.

Bebí un trago mirando a los demás. El último en llevar el vaso a su boca fue Marcos. Antes miró con cierto desprecio a Gabriel y luego clavó sus ojos en mí. Tomó la bebida de una vez.

-Bueno - dijo Gabriel-. Hay cosas que no cambian. Siempre fuiste de tomar fuerte, directo, rápido, Marquitos -. Volvió a llenarle el vaso - ¿Así que estuviste en la cárcel?

Nicolás me miró a mí, yo miré a Nicolás. Nos sorprendió aquella pregunta. Era uno de esos temas que parecía que no se podían tocar. Marcos volvió a vaciar su vaso y lo apoyó sobre la mesa ratona del centro.

-Las cosas malas se pagan.

Hubo otro silencio. Todos sabíamos por qué Marcos había estado privado de su libertad. Había matado a un hombre en una pelea callejera.

-Son esas cosas que uno se arrepiente después de que las hizo -acotó Nicolás, aunque antes de terminar la oración comenzó a dudar de sus propias palabras.

-Yo no me arrepiento de nada - respondió el ex convicto -. Merecía la

muerte.

-Muchos la merecen – dijo Gabriel -. Terminen ese vaso, che. Marcos nos lleva demasiada ventaja.

Obedecimos. Era mejor tragar wiski que seguir la charla. Y para sacarnos del ambiente tenso en que nos había sumergido preguntó:

-Nico ¿Cómo está la familia?

-Muy bien -respondió con entusiasmo -. No puedo quejarme. Me parece que mi panza lo dice todo. Mi mujer volvió a trabajar hace poco. Los chicos ya están grandes, viste.

-Me imagino.

Buscó en su billetera y sacó una foto y me la entregó. La miré con fingido entusiasmo y se la pasé a Gabriel.

-Dieciséis y catorce -continuó Nicolás -. Crecen rápido. El tiempo pasa volando. Los días de casados... -se comió las palabras. Se acordó que estaba ante tres personas que ya no lo estaban. Gabriel lo entendió.

-Te entendemos. Pero a nosotros se nos pasa volando igual. ¿O no, Goma?

Hacía años que nadie me llamaba así. Tardé un instante en comprender que Gabriel se estaba dirigiendo a mí.

-Sí, supongo -respondí.

-Siempre tan escueto para hablar. No cambiaste nada, Goma.

-No sé qué querés que te diga. Hace mil años que nadie me dice Goma. Se ve que los años pasan y las cosas quedan tan atrás que uno se olvida hasta de los apodos.

-Pero hay cosas que no se olvidan -sentenció Gabriel. Volvió servirnos wiski.

-Yo paso, Gabo -dijo Nicolás -. Ya bebí suficiente.

- ¿En serio? No me jodas. Te tomabas hasta el agua de los floreros.

-Sí, pero ahora tengo que volver a casa.

-Por un día que llegues entonando no te van a decir nada, me imagino.

Marcos encendió un cigarrillo y me estiró el paquete. Iba a negarme, pero tendría que haber explicado que ya no fumaba y no tenía ganas. Saqué un cigarrillo y lo olí.

- ¿Puedo? -Le pregunté a Gabriel, más educado que Marcos.

- ¿Desde cuándo pedís permiso, Goma?

-Es tu casa. Qué sé yo. ¿Un cenicero?

-Allá. La que rompía las bolas era Viviana.

Me levanté para buscar el cenicero. Lo traje y lo puse en la mesita, al medio, para que Marcos también pudiera apoyar.

-¿Y vos cómo la llevás con la separación? -le preguntó Nicolás-. Te lo pregunto de onda.

-Bien -respondió Gabriel -. Pensé que iba a ser peor. Al final Marcos tenía razón.

Encendí al fin el cigarrillo y tragué la primera bocanada. Sentí una especie de asco. Por su parte Marcos no dijo nada, se limitó a alzar las cejas mientras pitaba. Yo pude recordar las palabras que Marcos le dijo mientras Gabriel estaba tirado en el piso con unos cuantos golpes en la cara, en ese mismo suelo (en esas mismas baldosas) una noche de invierno parecida a esta. Estábamos totalmente en pedo lo que hace que mis recuerdos no sean nítidos. Estaba yo tirado en el sofá no podía atinar a levantarme, prácticamente no entendía qué era lo que pasaba. Y yo solo me reía a carcajadas. Lo que pasaba era que Marcos se había ido de boca y que Gabriel no lo soportó. Marcos sabía que lo superaba en fuerza y que Gabriel no era bueno peleando. Intentó evitar golpearlo, pero Gabriel estaba fuera de sí y acertó un puñetazo. Esto le hizo perder la cordura y cuando Marcos perdía la cordura, se cegaba y si no hubiera sido por Nicolás, no hubiera parado.

-Éramos pendejos, no entendíamos nada -me vi diciendo.

-Pero Marcos sí lo entendió -respondió Gabriel.

-Me tendría que haber callado -dijo Marcos -. Al fin de cuentas, hiciste lo que se te cantó el culo.

-No, está bien. Si algo siempre admiré de vos es que decís las cosas que pensás, cueste lo que cueste. Y te costó el barrio. Capaz, ni siquiera

hubieras terminado en cana.

Marcos se inclinó hacia adelante y lo miró fijo.

-Gabriel, dejá de dar vueltas ¿para qué nos llamaste?

Gabriel dejó escapar una leve sonrisa entre su barba. Se levantó en silencio y fue otra vez al mini bar. Lo seguí con la mirada. Desde mi perspectiva sólo encontraba sus espaldas mientras rebuscaba dentro de la vitrina. Volvió con una botella en su mano que depositó sobre la mesa ratona. Se trataba de un Criadores. Estaba media vacía.

-La encontré cuando compré la casa – explicó -. Estaba a los pies del sofá. Viviana casi la tira mientras sacábamos la mugre que había adentro. Pero la vi y decidí guardarla para esta ocasión.

En ese entonces tomar escocés era la gloria. Por lo general tomábamos vino en tetrabrik al que le echábamos un jugo Tang. No siempre juntábamos la plata para comprar una botella de Wiski. Aquella noche, en la noche de ruptura de la época, habíamos comprado dos. Esa, la que ahora contemplábamos, era la segunda. Lo supe al instante.

-¿Y ahora querés que tomemos de esa mierda? -pregunté.

-Qué delicado te pusiste, Goma.

-No. Pero es una botella que encontraste tirada. Y si antes era asqueroso, ahora añejada entre la roña debe ser intomable. Y andá a saber si es wiski y no meo.

-Es wiski. El mismo que dejamos por la mitad.

-Che -intervino Nicolás siempre intentando generar un ámbito agradable -. En serio, ahora nos vas a mezquinar el Chivas.

Gabriel lo miró serio.

-Están los dos sobre la mesa, Nicolás. Podés tomar del que quieras.

-No te enojés.

Marcos había prendido otro cigarrillo. Tomó una honda bocanada y la largó antes de hablar.

-Así que nos llamaste para tomar un wiski que encontrarte tirado.

-Nunca dejamos una botella sin terminar.

-Ajá, y pensás que podemos volver a esa noche, retomarla o algo así. Obviar el pequeño detalle de haberte cagado a trompadas, justo ahí casi donde ahora estás sentado. Pensás ahora que podés aguantarte que te diga que Viviana es una puta. Y que va a estar todo bien.

-Obviando ese pequeño detalle de la paliza, sí. Como dije, nunca dejamos una botella sin terminar. Y siento que aún esa noche guardaba más revelaciones.

Aquella noche, no sólo había sido una apreciación de Marcos sobre la novia de Gabriel lo que había desembocado en la pelea. Sino también el testimonio que afirmaba ese hecho. Marcos le había contado cómo se la había cogido dos días atrás, en esa misma casa, en el sofá deshilachado mientras Gabriel dormía totalmente ebrio en el colchón que estaba en el piso de la, ahora, cocina. Viviana también estaba ebria. Todos lo estábamos. Había empezado como un chiste. Comenzamos a provocarla entre los tres. Nicolás se mantenía a distancia. Quizás estaba casi tan ebrio como Gabriel. Atinaba a reírse sentado en su cajón de manzanas. Pero Marcos y yo nos sentamos junto a ella, uno a cada lado.

-Por mi parte -dijo Marcos con la botella en la mano-, no tengo más que decir.

Se llevó el pico a la boca y le dio un trago largo. Luego se la pasó a Nicolás. Gabriel lo miró esperando alguna acotación. Pero Nico, que ahora estaba serio y nervioso. Tomó un trago.

-Gabo...

-A ver con qué chiste vas a salir ahora...

-Con ninguno. No sé qué decirte.

-Te sacan de las bromas y no sabés qué decir. Seguro no viste nada.

Nicolás no respondió, dio otro sorbo y me pasó la botella. Yo negué con la cabeza.

-No pienso tomar de esa mierda.

-Ay, Goma, Goma.

-No me digas más así, no me llamo Goma.

-Agarrá la botella.

-No.

Entonces Gabriel metió su mano en la cintura y sacó una pistola. Una pequeña, calibre 22, que había escondido bajo su saco, que presumo guardó cuando fue por el Criadores. Fue chocante ver a Gabriel con un arma en la mano.

-Pará, Gabo -. Pronunció Nicolás desinfándose.

-Goma, agarrá la botella.

Tuve que dejar de ver a Gabriel unos segundos para tomar la botella que Nicolás mantenía en alto. Vi su cara de terror y no dejaba de ver la punta de la pistola. Marcos estaba reposando su espalda sobre el sillón, tranquilo, casi a gusto. Por mi parte trataba de simular tranquilidad.

- ¿Esa también la encontraste cuando compraste la casa? -pregunté buscando sonar irónico.

-De hecho, sí -respondió Gabriel -. Tal vez Marcos sepa la procedencia.

Lo miré a Marcos de reojo. Éste hizo su gesto de alzar las cejas. Gabriel continuó:

-Indudablemente siempre tuvo tendencias criminales. Pero no desviemos la conversación. ¿Qué tenés para decir, Goma?

-¿Me vas a matar?

-Todavía no lo decido.

-Si me vas a matar, hacélo ahora. No pienso entrar en tu juego.

-Ahora no te gustan los juegos. Ahora al señor Goma no le gustan los juegos. De este hijo de puta -ladeó su cabeza hacia Marcos -esperaba cualquier cosa. De aquel -ahora señaló a Nicolás - la verdad no esperaba nada. Pero de vos, Goma...

-No me digas Goma.

-De vos, del que consideraba mi mejor amigo, esperaba que seas honestos una vez en tu vida.

-No tengo nada que decirte.

-No tenés nada que decirme -Se levantó y comenzó a deambular por el living -. A ver, siempre pensaron que yo era el más flojo. Y quizás lo era. Pensaron que estaba dormido en el colchón. De hecho, sí, me quedé dormido. Desconozco cuánto. Pero las carcajadas de los cuatro o las náuseas me despertaron. Vomité al costado ni bien me incorporé. Casi no podía caminar, iba sosteniéndome de las paredes para no caer de jeta al suelo. La luz del fuego me marcaba la puerta, llegué como pude. Entre la poca iluminación y el mareo se me dificultaba ver la escena. Pero ahora puedo coordinar las imágenes de forma más coherente. Ahí estaba Nico de pie, con los pantalones abajo, pegándose una paja. Y en el sofá, adivinen. Sí, señores: Marquitos, Vivi y Goma, en ese orden. El fuego les pegaba de frente en sus cuerpos desnudos. Una parte de mi inconsciente habrá querido que no creyera lo que veía y me hizo retornar al colchón, no sin antes lanzar otra vez.

Gabriel detuvo su discurso. Caminaba de un lado a otro revoleando el arma y volviéndome a apuntar.

-Cuando volví a despertar, ustedes ya no estaban. El dolor de cabeza era atroz. Mi cerebro bloqueó el episodio por unos días. Sólo volvió cuando Marquitos habló. No fueron las palabras de Marcos lo que me enfureció sino el volver a ver aquella imagen. Quise negarme a creer que eso era verdad. Se lo atribuí a un sueño, un sueño que coincidía a medias con lo que Marcos relataba. Decime, Goma, ¿vas a tener los huevos para contar la otra mitad?

-Estás enfermo -respondí -. Y por última vez te lo digo, no me llames más Goma.

Gabriel se acercó a mí y puso el caño de la pistola sobre mi cabeza.

-¿O qué? ¿Creés que no te puedo pegar tiro? ¿Tanto me vas a subestimar? Siempre hiciste lo mismo. Me subestimaste. A Gabo se lo puede cagar a trompadas, y reírse desde el sofá, y él nunca va a decir nada. A Gabo se le puede coger la novia y no va a decir nada porque está en pedo y dormido, y no se va a enterar de nada. Gabo no es capaz de mantener el rencor durante tantos años, esperar el momento justo para reunirse nuevamente con sus amigos, con aquellos que lo traicionaron, y que se fueron. Pero acá estamos, ves. Y vas a tener que decir lo que tengas que decir.

Sentía la presión del hierro sobre mi cabeza. Entrecerraba el ojo y apretaba los dientes esperando que la bala entrara. Aun así, estaba dispuesto a no decir nada.

-No tengo nada que decir – afirmé mis intenciones como pude -. No sé qué viste, pero estás equivocado. Y lamento si viviste todos estos años

con un rencor basado en un sueño.

-No lo fue. Poco tiempo antes de que te fueras ya estaba convencido de esto. Estuve esperando que me lo revelararas, que me convencieras sobre Viviana, pero a cambio de eso obtuve tu silencio, tu engañosa amistad. Hasta que te fuiste, claro. Hasta que partiste como los demás. Entonces me aferré a Viviana, esperando que sea ella la que me lo confiara. Pero no lo iba a hacer, se iba a ir sin decirlo nunca. En principio quería que ella estuviese también presente, pero se fue. No sé con qué excusa.

-Porque estás loco -agregué.

-Sí, esa era la excusa. Pero en el fondo, está bien. Ahora podemos estar los cuatro y acabar con esa noche de wiski y amigos.

-Esa noche terminó hace como dieciocho años. Terminó con todo, incluso con nuestra amistad.

-La botella no dice lo mismo. Terminemos de una vez. Tomá un trago y hablá, Goma.

La botella seguía en mi mano, pero al escuchar nuevamente el apodo dejé que resbalara y cayera al suelo. Estalló en las baldosas.

-Te dije que terminó. Ahora matáme de una puta vez.

No sé dónde sacaba esa templanza. Realmente no quería que lo hiciese ¿Quién lo querría? Gabriel quitó la 22 de mí y se quedó mirando el líquido y los vidrios cerca de mi pie. Eso no estaba en sus planes, evidentemente. Se tomó la frente con sorpresa y nerviosismo. Luego retrocedió un paso y volvió a apuntarme con la mano temblorosa.

-Estás muerto -dijo.

Cabizbajo, cerré los ojos esperando el fin, pero volví abrirlos al oír ruidos de movimientos que no podía imaginar. Mis ojos me mostraron a Gabriel en el suelo, boca abajo, entre los vidrios y el wiski. Marcos se le había abalanzado y quitado el arma. Ahora lo apuntaba.

-Loco de mierda -dijo.

Disparó tres veces, a quemarropa. La sangre de Gabriel volvía a manchar las baldosas blancas y negras. Para cuando llegó la ambulancia, estaba muerto.

Mi testimonio a favor de Marcos que declaraba defensa personal no sirvió de nada. Los tres contamos versiones con ciertas contradicciones. Sólo Marcos relató lo vivido con su cruda sinceridad: "el hijo de puta, merecía

morir”.

Capítulo 2

Recurrente

Abre los ojos, y en plena oscuridad, su vista sólo registra un punto rojo que destella líneas. Su corazón golpea fuerte y respira profundo, como queriendo recuperar el aire que le falta. Quedan flotando las confusas sensaciones de asfixia y de poder, de goce y desesperación, de cuerda caliente en su piel, en su cuello y en sus manos. Todo entremezclado, sin poder distinguir una de otras, sin entenderlas. Pero es sólo un instante que se va alejando a medida que la respiración de Jérica se hace más presente. Una respiración bucal, de nariz tapada de invierno. No se ha sobresaltado lo suficiente como para despertarla. Ya ha comprendido dónde está, y ahora sabe que aquel punto rojo es del televisor apagado y que las líneas son producto de su astigmatismo. Sabe a qué se debe su despertar de golpe. Es ese sueño recurrente que le viene, ese que no puede contar con muchos detalles, pues no los recuerda, o simplemente no tiene detalles. Vaya a saber... Pero básicamente, se trata de él, que se metió bajo la cama, boca arriba. Que se aferró con manos a dos cuerdas surgidas desde el colchón entre las maderas del elástico, y que tirando hacia abajo, con todas sus fuerzas, lo ahorcaba a él mismo, arriba, acostado en la cama, con una cuerda que pasaba sobre su cuello, y le impedía la normal respiración. Y es que resulta que las dos cuerdas que colgaban de la parte de abajo de la cama eran los extremos de una misma cuerda que traspasaba el colchón, pasaba sobre el cuello y volvía a penetrar el colchón hasta sacar la otra punta por debajo. No mucho más recuerda. Y tal vez mejor así. Falta más que aquel sueño recurrente lo dejase despierto toda la noche con sus detalles. Ignora la hora que es y no está dispuesto a voltear hacia el despertador, y mucho menos encender el velador, con el riesgo de despertar a Jérica. Pero supone que es plena madrugada, las dos o las tres, cree haber dormido un par de horas, que es por lo general cuando el Recurrente aparece. El Recurrente, como si fuera un personaje. Sonríe. Un sueño ilógico, sin sentido, absurdo. ¿Cómo se podía enhebrar una cuerda al colchón, como un cordón en una zapatilla? No recuerda haberse tomado el trabajo de agujerear la cama y pasar la cuerda. Como si el tiempo le sobrara para tales manualidades que seguramente Jérica vio en uno de esos programas de bricolaje de Utilísima Satelital. "Bueno, chicas-la voz suena tan dulce que lo empalaga- , miren lo que les traje hoy. Una practiquísima máquina de ahorcar casera, fácil de hacer y con muy poco dinero. Los materiales necesarios son: una cama, una cuerda, taladro y mecha del doce, un marido..."

Absurdo por donde se lo vea. Ha decidido tomar el riesgo y levantarse. Tiene la boca seca de no hablar. Con cuidado, saca sus piernas y apoya

sus pies sobre el suelo frío. Y a pesar de que el riesgo aumenta, tiene intención de ponerse las pantuflas de lobo feroz. Tantea con sus talones pero la suave piel de cordero no está. Se fastidia y sin mucha delicadeza se inclina, metiendo su mano debajo de la cama. Tantea y no están. Pero toca algo suave, no de pantufla sino de péndulo o de liana. Y un tácito temor comienza a acecharlo. También una curiosidad. Inclina su cabeza por entre sus piernas. Está oscuro, más aún que la propia habitación.

Deja por completo la cama y, con más curiosidad que temor, vuelve a mirar debajo, estira la mano y toca la liana que pendula. Se acuesta en el piso en la posición que siempre duerme, boca arriba, y empieza a meterse como un gusano en aquella oscuridad, aquella boca de lobo, como una caverna de sus antepasados remotos. Siente el temor de pantufla, suaves como un cordero, como sábanas limpias. Y también la cuerda que roza el pecho al pasar por encima. Y con su brazo derecho toca otra cuerda, de la cual se aferra como se aferra a la primera con la mano izquierda. Sonríe nerviosamente, hace girar las cuerdas en sus manos para que no cedan. El polvo acumulado en las maderas del techo de la caverna, cae sobre sus ojos y hace que los cierre, pero continúa con la sonrisa, una sonrisa inmensa, dura, como forzada, como si algo le apretase el cuello y no lo dejase respirar. Una sonrisa desesperada, unas ganas inmensas de gritar, sus músculos tensionados por la fuerza que ejerce hacia abajo con sus brazos, la fuerza que ejerce hacia arriba con el cuello. Felizmente no puede respirar y el corazón desciende entre sus dedos por la presión de la cuerda, que desesperadamente le genera una sonrisa en sus labios retraídos. Sus ojos cegados con polvo, se abren de golpe al sentir que se está muriendo. Ve las pelusas lineales rojas, en plena oscuridad.

No ha tardado mucho –sólo lo habitual-en darse cuenta qué pasa. En darse cuenta que no le falta el aire, aunque respire agitadamente y con un pulso acelerado. Que está boca arriba sobre su cama, entre las sábanas y frazadas. Que Jéssica sigue ahí, respirando por la boca, y que aún no se ha enterado de nada, por suerte. Que hace apenas unos minutos-es lo que supone- se había vuelto a dormir y El Recurrente había retornado. Esta vez no le hace gracia lo del Recurrente, que ahora se asemeja más a un duende que a una persona. De esos duendes que aparecen para molestar. Está molesto. Harto de sus picardías, y quiere que no vuelva más. Que lo deje en paz por esta noche, que tiene que dormir. Que tiene que levantarse un día más. Que tiene que contemplar la bendita cara de culo de Jéssica al despertarse. La media hora matutina insoportable. El café con sacarina. Y la noche se está poniendo aún más insoportable. Y el silbidito que ahora lanza Jéssica no mejora las cosas. Escuchala, casi ronca. Y vos ahí, metiéndome el sueño suicida... U homicida... qué sé yo. Tan absurdo que es incaratulable. Mirá que hay cuello ahí... ¿eh?... Y silbido casi ronquido. Si quisiera ser un asesino, no me mataría a mí mismo. Qué estupidez. Así que ahora, lo que vamos a hacer, Recurrente, es dormir. Cerrar los ojos y dormir hasta que el puto despertador nos diga que es la

mañana.

Al abrir los ojos, el despertador no ha sonado. Pero la habitación comienza a tener color. Un amanecer rojizo comienza a filtrarse por las rendijas de la persiana. Lo que va a hacer es levantarse antes de que Jérica despierte o que la sogla vuelva al cuello y le impida levantarse. Lo que va a hacer es pegarse una ducha para despabilarse. El despertador cuelga de la pared. Marca las seis y media, y treinta segundos. Por eso no ha sonado. Las agujas se han caído. Toma el reloj con sus manos como si fuera un cuenco de agua. Se gira para ver a Jérica durmiendo. Acomoda las frazadas y las sábanas bajo el colchón y sólo la cabeza queda al descubierto, con la boca abierta, los párpados cerrados. Besa su frente y descubre los dos ojales a los costados, a la altura del cuello cubierto con las sábanas. Ladea su cabeza como un perro que presta atención; un lobo. Vierte el agua por uno de los ojales, luego pasa el chorro de agua por sobre Jérica para terminar vertiendo el resto del agua por el otro ojal. Se acuesta en el piso y va a terminar con lo que empezó. ¿Así que me tengo que levantar? ¿Así que te gusta roncar? ¿Así que no te gusta mi cara? ¿Así que ponés cafeína? ¿Así que sacarina? ¿Así que levántate? ¿Así que me amás? ¿Así que no me querés? ¿Así que me vas a matar? Así que el tiempo líquido, como agua que se va por el desagüe, que sólo queda un hilo de agua que nos une. Así que me asfixiás como un títere con tus hilos de agua, que me querés matar, tu café ronco, tus ronquidos, el reloj de las seis de la mañana que recorre todos días, que levántate que morte, que reíte, que chau. Grita con carcajadas que se muera de una vez, que se adelantó, que no soporta sus ronquidos. Que apague ya el televisor. Pierde la noción del tiempo, la caverna se mueve, terremoto en la superficie y el silbido casi ronquidos se apaga. Sus dedos están hinchados por la presión de las cuerdas. Rojos por la sangre acumulada. Tiembla de placer. La policía se acerca. Las luces rojas del patrullero pegan en el piso. Tiembla de terror.

Despierta sobresaltado. Acaba de matar a su mujer en su sueño. Esta vez Recurrente ha llegado muy lejos. No puede recuperar el aliento. Ya no le importa si Jérica se despierta. De hecho, quiere que despierte. Todo está oscuro en la habitación. Más oscuro que debajo de la cama. Hace que tose. Toca el cuerpo de su mujer. No ronca, no silba, no respira por la boca. No se mueve. Las luces del patrullero siguen entrando por la ventana. Zamarrea a su mujer. No responde. Oye unas voces, luego el llamado a la puerta. Andá a ver quién es. Jérica no responde. Somos nosotros, abra. Se tapa con las sábanas y las frazadas. Cierra los ojos. Abra. No se mueve. Sabe que ya están dentro. Se sigue haciendo el dormido. Escucha los pasos, entran en la habitación. Sabe que están mirando a Jérica, la inspeccionan. La retiran de la cama. Está aterrado pero sigue con su actuación. Está muerta. Suena el cierre de la bolsa mortuoria. Los pasos se dirigen hacia él. Abra los ojos, por favor. Algo recorre su cuello, y aun así no obedece. Abra sus ojos, por favor, o disparo. Los abre. La punta láser le da en la pupila. Queda encandilado y

no alcanza a ver la cara de quien está parado frente a él. Sí, está despierto ya –dice la otra voz que es su propia voz. ¿Así que ha intentado matar a su mujer? Mueve la cabeza negando. Así que ha intentado matar a su mujer... no intente moverse, es inútil. Intenta moverse inútilmente. Respire hondo mientras pueda. El otro hombre camina hacia el cadáver de Jérica y lo corre, arrastrándolo, colocándolo debajo de la cama. Manténgase despierto, por favor. No intente gritar, es inútil. Intenta gritar inútilmente. Ya está en su lugar- dice su voz. Vos tampoco hables. El cierre de la bolsa se abre. Manténgase despierto mientras terminamos. La cuerda comienza a presionar su cuello. Manténgase despierto. La idea de Jérica salió a la perfección. Ha sido mi idea-dice su voz. Manténgase despierto. La cuerda impide que el aire entre o salga. Se está asfixiando. No Puede mover sus brazos. Tiembla violentamente. Ya casi... Manténgase despierto. No cierre los ojos, mire el láser. Jérica se ríe a carcajadas. Su mujer es feliz. No cierre los ojos todavía. Se esfuerza inútilmente en deshacerse de la cuerda que lo ahorca. Ahora ya lo sabe, Jérica lo matará. Puede cerrar los ojos. Descanse en paz.

Abre los ojos. El punto rojo con destellos de líneas se instala en su vista. Quiere gritar. Quiere oír el silbido. Quiere estar despierto, quiere despertar al mundo. Quiere despertar a Jérica. Quiere que suene el despertador. Levantarse, tomar el café, contemplar la cara de Jérica. No creer lo que sabe. Se aferra a la luz roja del televisor. Todo un sueño. Nada más. Va a abrazarse a su esposa. No puede voltear de lado. Estira su brazo. Ella no está acostada. Entra en pánico. Una risita. La cuerda se ajusta una vez más.